

«El Español» Semanario de los españoles para todos los españoles, publica en su número 402, salido a luz en el día 12 de este caluroso agosto de 1956, y concretamente en su página 17, un magnífico reportaje debido a la pluma de Blanca ESPINAR, enviado especial a la COSTA BRAVA.

Los titulares son «La costa brava, maravilla de España, y paraíso del veraneante. «En San Feliu de Guixols, ya pueden lidiarse toros» y «Viejas canciones de marineros frente al mar.»

Enbellecen este digamos pórtico del reportaje tres bellas fotografías; una de gran tamaño de nuestra playa en plena hora de baño y dos de menor tamaño, una del Paseo del Mar desde la cúpula del Casino y otra un aspecto de la playa con el tipismo de las redes puestas a secar teniendo por fondo el muelle. El pie de estas dos vistas dice: «La Costa Brava, paraíso turístico, muestra la belleza cosmopolita de sus avenidas, juntamente con el típico muelle de pescadores al atardecer.»

Y seguidamente comienza el reportaje escrito con estas palabras: «En este autopullmán en que voy camino de la Costa Brava, las francesas e inglesas llevan guantes blancos y fuman sin descanso. Dos cosas que parecen inadecuadas a la temprana hora de las siete de la mañana.» Sigue exponiendo las diferentes facetas de los distintos paisajes desde la salida de Barcelona y al llegar a Blanes, dice «Al fin Blanes, puerta de la Costa Brava y de un mar brillante bajo el sol. Después Lloret de Mar con el dulce desmayo de sus saucos y su playa argentada. . . .»

Describe luego de forma vigorosa, con deliciosa prosa la verdadera Costa Brava diciendo: «Todo es grandioso y lleno de quietud. Montañas, caminos, mar, todo parece estar envuelto en una luz cegadora que abrillanta el amarillo de la sierra calva y hace traslúcido el cielo. Se siente dentro de una misma, calando

ARCHIVO DE CORTESIAS

el mismo espíritu, la paz. Es como si el alma encontrara el descanso. Los millonarios extranjeros descubrieron la Costa Brava hace unos años y se dejaron muchos por ella Capri y la Costa Azul.

Sigue describiendo Tossa, la «cosmopolita» de la que dice no queda un palmo para pie español, por cuanto esta invadida por el turismo extranjero. Y después de dedicar unas líneas a la riqueza forestal de la provincia que cifra ella en nuestros alcornoques, y a las subidas y bajadas por montañas en desigual ruta de «aparatosas vueltas como de tobogán» entra en San Feliu y dice: cuatro mil veraneantes en San Feliu. San Feliu está rebosante, lleno. Sus calles parecen las de una ciudad en fiestas. A todo lo largo del Paseo del Mar y en cualquier sitio donde hay espacio, aparcados automóviles de todos los colores, todos los tipos y todas las más famosas marcas. Esto ya es un síntoma para escamar a uno. Y, efectivamente: No hay un hotel con una sola habitación disponible.

San Feliu tiene diez mil habitantes y durante el verano sube hasta 14.000. Cuatro mil personas extrañas a la villa, extranjeros casi todos. Todo aquí es fabulosamente elegante, lujoso y de buen gusto. Lujosos los hoteles, lujosas las cafeterías. Y lujosas y rebosantes de toda clase de dulces las confiterías, que llamaron la atención por el tamaño y calidad de sus pasteles. Esos pasteles tradicionales de la Costa Brava en los que San Feliu y Palamós son maestras indiscutibles. Todas estas confiterías tienen dentro preciosos salones de té.

Un pueblo mariano. — ¡Que ironía Dios mío, hablar de devoción mariana en estos meses de irritante desnudismo, gamberrismo y provocación! Mas Blanca Espinar no se detiene en estas consideraciones y anota solamente la devoción mariana de la ciudad toda, de sus habitantes, y anota las innumerables calles que llevan nombre de santos.

Describe la calle de la Rutlla, de la forma siguiente: «La calle de la Rutlla es el centro de un abigarrado y pintoresco comercio. Una placa de bronce (favorable confusión de la enviada) puesta en una esquina a un metro de altura saluda a los que se adentran por ella «Bienvenidos a la calle de la Rutlla» y describe las numerosas tiendas de las que hace merecidos elogios, calificando de «barahunda multicolor» este colgar y ocupar la vía pública.

Deja constancia de toda suerte de tiendas de la ciudad y dice «Todo el personal de los comercios y de los hoteles, pero desde el último camarero al botones, saben varios idiomas. Sobre todo en las cuentas es maravilloso verlos con la ligereza que contestan al cliente en su idioma, dándoles las cifras exactas.»

Describe nuestra playa en comentario que lleva por título «LUZ Y COLOR DE LA PLAYA» y que abarca desde las mercancías de carga preferente en el puerto hasta la leyenda,

verdad, del Santo Sudario venerado antes en Sant Elmo, y su montaña desde la que dice «la vista que se domina es indescriptible y los salvajes peñascos y acantilados se levantan al mismo pie del monte».

El Pueblo Trabajador. — Gracias a la escritora, por cuanto supo ver que con todos sus turistas, San Feliu no deja de ser una ciudad industrial también, — cosa rara esta convivencia de turismo e industria.

Cita nombres y cifras bastantes exactas y dice que si un trabajador se le pregunta que es, dirá: Taponero o albañil y a renglón seguido: «Porque aquí, los obreros de la construcción, no descansan».

Escribe unas bellas estampas de nuestros marineros y pescadores citando cantos, canciones y tradiciones.

Estamos ya en la pág. 20, que al lado tiene la 21 enriquecida por tres bellos clichés: uno, un magnífico atardecer del muelle, con el fondo de la majestuosa montaña de San Elmo, y su ermita y en el puerto tres buques con pleno movimiento de carga de esparto fluor. Otra de «la taberna de Canari» que nos muestra a dos extranjeros porrón al aire, y al fondo los cantadores de costumbre. Y la tercera un momento de faena en una barca de pesca.

Anota sus impresiones de la visita al Magnífico Sr. Alcalde y a la II Exposición de Artistas Locales.

Describe la jornada de inauguración de la Plaza de Toros «España Brava» con las anécdotas de tan memorable fecha para nuestra ciudad y termina con estas palabras: «Y dejo este pueblo catalán que dió su tributo a la Patria por las rutas del mar. En las naves que conquistaron Mallorca iban muchos guixolenses (de eso les viene el «salar» a los mallorquines, eso no se lo dijeron a Blanca) y Don Juan de Austria también llevó con él a Lepanto, ochenta capitanes de San Feliu. Ellos no solamente se trajeron una bandera tomada a los infieles, y que está en el Museo de Gerona, sino que el capitán Juan Camisón (aquí la ilustre periodista traduce impropiedadmente el apellido, quizás mal informada también, por cuanto debe ser Camisó) Fué el que mató a Soliman. Y — dice ella — aquí está la calle de Juan Camisón protagonista de Lepanto y tan exaltado por sus paisanos que dirán siempre: — Le cortó la cabeza al turco. ¡Se la cortó!»

Unas letras vamos a poner por final nosotros a este comentario de archivo de cortesias.

Vamos a dar las gracias a Blanca Espinar, por estas palabras: «Gracias, querida amiga — porque amiga eres sin conocernos, por la verdad de tu pluma dinámica — gracias repetidos, en nombre de esta ciudad que tan bellamente has descrito, captando su espíritu y todo su ser y sentir. Tu pluma ha reparado — y qué reparación! nada menos que el semanario nacional «El Español» — una injusticia. Ha salido en contra de todo mal intencionada e interesada propaganda que pretende ignorar la existencia de San Feliu, en anuncios, artículos y mal perfilados mapas y placas. Gracias, amiga, la ciudad no te olvidará.

AGUSTIN LUIS

arcora